

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS: PERICLES

Traducción de Emilio Díaz Rolando

2019

I

[1] Parece ser que César Augusto, al ver que ciertos extranjeros ricos llevaban recogidos de forma cariñosa en sus regazos crías de perros y de monos, les preguntó si las mujeres en sus países no parían niños. Censuró así de forma contundente y con autoridad a quienes malgastaban con animales nuestro instinto natural de amor y afección, y que se les debe a los seres humanos. [2] ¿Acaso, por tanto, no es razonable, puesto que nuestra alma por naturaleza posee un elemento dado al conocimiento y al estudio, reprobar a quienes lo malbaratan en estudios y contemplaciones indignos de atención, y descuidan aquéllos que son buenos y provechosos? Tal vez se deba contemplar, ya sea útil o inútil, todo fenómeno, desde un punto de vista sensorial, que es atrapado emocionalmente por el golpe de los acontecimientos fortuitos; [3] sin embargo, todo el mundo (si desea hacer uso de su intelecto) por naturaleza está siempre inclinado a dedicarse personalmente y orientarse fácilmente hacia lo que cree bueno. De este modo, debe perseguir lo mejor no sólo para contemplarlo, sino también para alimentarse de su contemplación. Igual que el color, cuya brillantez al tiempo que su atractivo reavivan y nutren la vista, se ajusta al ojo, así el pensamiento tiene que aplicarse a los objetos de contemplación que lo llaman a gozar con su propio bien. Y éstos se encuentran en las obras generadas por la virtud, [4] las cuales inspiran el celo y el ánimo que conducen a la imitación en los que las narran, porque de las otras el impulso para hacerlas no se sigue inmediatamente de admirar lo hecho. Muchas veces, al contrario, nos gozamos con la obra, pero menospreciamos al ejecutor, como sucede con los perfumes y las tinturas. Nos producen placer éstos, pero a los tintoreros y perfumistas los consideramos trabajadores serviles y vulgares. [5] Eso fue lo que ocurrió justamente con Antístenes, quien al oír que Ismenias era un virtuoso flautista, dijo: «Pero es un personaje vil; de lo contrario, no sería un flautista virtuoso.» Y Filipo le replicó a su hijo, que pulsaba melodiosa y diestramente la lira durante un banquete: «¿No te avergüenzas de tocar tan bien?» Basta, si se es rey, con entretenerse oyendo a otros tocar la lira y mucho respeta a las Musas cuando es espectador de otros que intervienen en tales ejecuciones.

II

[1] El trabajo personal en afanes humildes da ejemplo por sí mismo de la negligencia hacia las cosas hermosas que aparece en el esfuerzo por lo inútil. Ningún joven inteligente, cuando contempla el Zeus de Pisa desea convertirse en Fidias, o en Polícleto cuando contempla la Hera de Argos, ni en Anacreonte, Filetas o Arquíloco cuando disfruta con sus poemas. [2] No es necesario, si la obra deleita por ser bonita, que su autor sea digno de atención. Ni le resulta provechoso tal hecho a los que la contemplan, ni por ése se origina ningún interés de imitación ni impulso que mueva a una buena predisposición ni estímulo para la emulación. Ahora bien, la virtud dispone inmediatamente a la acción, de tal modo que admira las obras y, al mismo tiempo, se empeña en igualar a sus autores. [3] Nos gustan la posesión y el disfrute de los bienes producto del azar, pero de las virtudes nos gustan las acciones, y queremos que aquéllos nos vengan de parte de otros, pero de éstas preferimos que vayan a otros de parte nuestra. El bien provoca una acción por sí mismo y crea de forma inmediata un impulso activo, moldeando el carácter de quien lo contempla no hacia la imitación, sino suministrando una predisposición gracias al relato de sus obras. [4] Así pues, nos ha parecido oportuno también a nosotros dedicarnos a escribir biografías y hemos escrito este décimo libro que contiene la vida de Pericles y la de Fabio Máximo, el que combatió contra Aníbal, varones similares en varias virtudes, especialmente en su hombría de bien y su justicia, y porque supieron reconducir la falta de juicio del pueblo y de quienes gobernaban con ellos de forma que fueran muy útiles para su patria. Si cumplimos correctamente nuestra obligación, se podrá juzgar a partir de lo que escribimos.

III

[1] Pericles pertenecía a la tribu de los Acamántidas y al demo Colargo. Era de los principales en linaje y casa, y por parte de ambos padres. Jantipo, el que venció en Micale a los generales del rey persa, desposó a Agariste, nieta de Clístenes, que expulsó a los Pisistrátidas, derrocó valientemente la tiranía, promulgó leyes e instituyó un régimen político donde se combinaban perfectamente la concordia y la seguridad. [2] Agariste en sueños creyó dar a luz un león y, al cabo de unos días, parió a Pericles. Por otra parte, su aspecto corporal no presentaba tacha, pero su cabeza era alargada y desproporcionada, por ello en casi todos sus retratos está cubierto con un yelmo, dado que los artistas no querían, según parece, afearlo. Los dramaturgos áticos lo llamaban «cabeza de cebolla», porque a veces llaman «cebolla» a la cebolla albarrana. [3] Dice Cratino en *Los Quirones*: «La Sedición y el anciano Crono, tras mutua coyunda, engendraron al mayor tirano, al que los dioses llamaron Juntacabezas». También, en su *Némesis* dice: «¡Ven, Zeus hospitalario y cabezón!». [4] Teleclides dice que Pericles una vez estaba sentado en la ciudad, apurado por los acontecimientos «con la cabeza pesada y solo, provocaba desde su cabeza de once camas de altura mucho alboroto». Éupolis en *Los demos*, al preguntar sobre cada uno de

los demagogos que regresaban del Hades, cuando se nombra a Pericles el último, dice: «Has traído a la cabeza de todos ellos».

IV

[1] La mayoría de los autores afirman que Damón fue su maestro de música, y dicen que se debe pronunciar la primera sílaba breve. Aristóteles dice que Pericles se ejercitó en la música junto a Pitoclides. Parece ser que Damón era un hábil sofista y que se envolvió en el nombre de músico para ocultar su pericia ante la masa. Estuvo junto a Pericles, como si fuera un atleta, en calidad de entrenador y maestro de la política. [2] No pasó inadvertido Damón en su uso de la lira como tapadera; antes bien, fue condenado al ostracismo por activista y amigo de los tiranos y proporcionó motivos a los comediógrafos. Así, Platón¹, escribió que alguien le preguntaba:

Dime tú, en primer lugar, te lo suplico, que, como dicen, eres el Quirón² que crio a Pericles.

[3] Fue discípulo Pericles de Zenón de Elea en sus enseñanzas sobre la naturaleza, como Parménides, y perfeccionó cierta habilidad para refutar argumentos que concluía en la confusión a través de las contradicciones, como Timón de Fliunte deja dicho en estas palabras:

La gran fuerza, no débil, de Zenón, el de la doble lengua, censorador de todos.

[4] Pero quien más asistió a Pericles y lo hizo rodearse de altivez y de una firme capacidad para dirigir al pueblo, lo encumbró y elevó las aptitudes de su carácter de manera definitiva fue Anaxágoras de Clazómenas, al que los hombres de entonces llamaban «El Intelecto», ya fuera porque admiraban su enorme dominio del conocimiento sobre la naturaleza, en el que sobresalía claramente, ya fuera porque fue el primero que estableció como principio del orden cósmico no el azar o la necesidad, sino el intelecto, puro, no confundido en cualquier otra mezcla, y que distinguía las «homeomerías»³.

V

¹ Este Platón no es el filósofo, sino un comediógrafo, de cuyas obras sólo se han conservado fragmentos.

² Quirón, en la mitología griega, es un centauro que tutor de Aquiles.

³ Como es bien sabido y aquí recoge Plutarco, Anaxágoras de Clazómenas (500-428 a.C.) fue el filósofo presocrático que estableció el Noûs [*Nus*], como principio [ἀρχή – *arjé*] de la naturaleza. Aquí he traducido el término por «Intelecto». Por el contrario, he optado por transcribir otro término propio de Anaxágoras, «homeomerías» [ὁμοιομέρειαι], que hace referencia a toda parte elemental que está integrada en un conjunto de partes iguales a ella.

[1] Pericles admiraba enormemente a ese hombre e, imbuido progresivamente de las llamadas meteorología y metarsiolesquia⁴, no sólo, según parece, adquirió un temperamento serio y una expresión elevada y exenta de la bufonada vulgar y chocarrera, sino también una contención en su expresión facial refractaria a la risa, un caminar sereno, un rigor en su compostura que no se alteraba ante ninguna emoción en su discurso, una entonación imperturbable en su voz y cuantas características pudieran provocar la sorpresa en todo el mundo. [2] En una ocasión, Pericles soportó en silencio, mientras estaba en el ágora gestionando unos asuntos urgentes, que un personaje repulsivo e incontinente estuviera injuriándolo y hablando mal de él durante un día entero. Al llegar el atardecer, se encaminó a casa tranquilamente mientras aquel hombre le seguía profiriendo toda clase de insultos hacia él. [3] Cuando iba a entrar, y dado que ya dominaban las sombras, ordenó a uno de sus criados, que traía una luz, que acompañase y devolviese a aquel hombre a su casa. El poeta Lón dice que el trato de Pericles era presuntuoso y altanero, y que unía a su soberbia mucha petulancia y desprecio hacia los demás, pero Cimón alaba lo atento, afable y educado que era en su trato social. [4] Pero dejemos que Lón, como en una tetralogía teatral, pida que la virtud tenga, en todo caso, cierta parte de sátira⁵. A algunos que calificaban de afectación y ansia de notoriedad el carácter solemne de Pericles, Zenón les pide que ellos también ansíen la notoriedad igualmente, de modo que la simulación misma de cosas buenas les procure, de forma inadvertida, algún deseo de imitación y un hábito.

VI

[1] Pericles no sólo sacó provecho del trato con esas enseñanzas de Anaxágoras, sino también parece que se sobrepuso a la superstición, que activa la admiración por los mundos celestes en aquellos que ignoran sus causas, están esclavizados por lo divino y turbados por su desconocimiento. El discurso racional aparta de la superstición atemorizadora y extravagante y genera una religiosidad certera en unión de una halagüeña esperanza. [2] Se cuenta que en una ocasión le fue llevada a Pericles una cabeza de carnero con un solo cuerno, y que Lampón, el adivino, cuando vio que el cuerno crecía firme y seguro en medio de la frente, dijo que, dado que en la ciudad había dos facciones poderosas, la de Tucídides y la de Pericles, el poder recaería en aquel a quien se refiriera la señal. Anaxágoras, tras cortar en dos el cráneo, mostró que el cerebro no había llenado el espacio, sino que se había alargado por el cráneo como un huevo cuya punta caía en el lugar donde la raíz del cuerno tenía su origen. [3] Y se dice que los presentes quedaron asombrados con Anaxágoras y poco después con Lampón, puesto que Tucídides fue derrotado y todos los asuntos relacionados con el pueblo cayeron

⁴ Términos que se refieren a la reflexión sobre los fenómenos celestes.

⁵ Referencia a la costumbre de combinar tres tragedias con un drama satírico en el curso de las representaciones teatrales.

por igual bajo el poder de Pericles. Nada impedía, a mi juicio, que tanto el filósofo de la naturaleza como el adivino tuvieran éxito, ya que el uno percibió la causa y el otro, el final de forma acertada. Aquél advirtió por qué motivo y cómo había sucedido y éste predijo para qué había sucedido y lo que significaba. [4] Los que dicen que el descubrimiento de la causa es la destrucción de la señal no entienden que anulan junto con la intervención divina también el artificio del signo, como el sonido de los platillos, la luz de las antorchas y la proyección de las sombras de los relojes de sol, cada uno de los cuales ha sido creado como signo de algo con la causa y la factura.

VII

[1] Cuando Pericles era un joven se mostraba extremadamente cauto con el pueblo, porque había la creencia de que era parecido al tirano Pisístrato en su aspecto. Su voz era agradable; su lengua, elocuente e ingeniosa en el discurso, y los ancianos se quedaban muy sorprendidos con su parecido. Además, era rico, su linaje era destacado y tenía amigos muy poderosos. Su temor al ostracismo le hacía no actuar en política, pero en la milicia era hombre valiente y arrojado. [2] Cuando Arístides hubo muerto, Temístocles mandado al exilio y las campañas militares retenían la mayor parte del tiempo a Cimón fuera de Grecia, en ese momento preciso, Pericles fue y se dedicó al pueblo, tomando partido por las clases populares y por los pobres en lugar de los ricos y la oligarquía, y en contradicción con su propia naturaleza, que era escasamente popular. [3] Parece ser que, por evitar incurrir en la sospecha de tiranía y viendo que Cimón era partidario de los aristócratas y que era extraordinariamente querido por los miembros de la nobleza, fue seduciendo al pueblo para procurar su propia seguridad y poder frente a Cimón. [4] Pronto, también, se impuso un estilo diferente en su modo de vivir. Se le veía caminar en la ciudad sólo por una ruta, la del ágora y la de la sede del Consejo, y rechazaba las invitaciones a banquetes y toda costumbre relacionada con los placeres de la amistad, de modo que en el largo período de tiempo en que se dedicó a la política, nunca fue a ningún banquete en casa de un amigo, excepto durante la boda de su primo Euríptolemo donde estuvo presente hasta el momento de las libaciones⁶. Luego, se levantó y se fue inmediatamente. [5] El disfrute con los amigos sabe cómo vencer cualquier tipo de circunspección, y con el trato habitual difícilmente se conserva el respeto de la opinión pública. Las apariencias, fundamentalmente, de una verdadera virtud son, con toda evidencia, las más adecuadas, y para la gente nada es más admirable en los hombres virtuosos que su vida diaria con aquellos con quienes la comparte. Pericles, evitando el trato con el pueblo y su exceso, se le acercaba a intervalos, sin hablarle por cualquier motivo y sin presentarse continuamente

⁶ Momento de las ofrendas a los dioses, a partir del cual comenzaba el banquete sirviéndose el vino.

ante la masa, sino que aparecía lo estrictamente necesario, como la trirreme Salaminia⁷, según dice Critolao. El resto lo trataba dejándoselo a los amigos y a otros oradores. [6] Se dice que uno de éstos era Efiates, que acabó con el poder del consejo del Areópago, escanciando sobre los ciudadanos, como dice Platón, una abundante y desmedida libertad, bajo la cual dicen los comediógrafos que se desbocó el pueblo, como un caballo, y que «osaba no obedecer ya, sino morder Eubea y saltar sobre las islas.»

VIII

[1] Afinando una elocuencia, como si fuera un instrumento musical, que se ajustaba a su forma de vida y a la magnitud de su inteligencia, intercalaba por doquier a Anaxágoras, como si vertiera en su oratoria la ciencia natural cual una tintura. Como dice el divino Platón: «adquiriendo junto a su apostura esa elevación intelectual y su completa efectividad» gracias a la ciencia de la naturaleza. Aplicando esos recursos al arte de la retórica destacó con mucho sobre todos. [2] Por ello dicen que se ganó su apodo, si bien unos creen que se le llamaba «Olímpico» por las construcciones con las que adornó la ciudad y otros por su poder político y militar, y no resulta carente de razón que la fama del hombre fuera el resultado de la concurrencia de muchas cualidades. [3] Las comedias de los autores de entonces muestran, con los muchos y jocosos versos dejados afanosamente para él, que el apodo se generó sobre todo por su oratoria. Dicen que él «trueno y relampaguea», cuando se dirige al pueblo, y que «lleva un temible rayo en su lengua.»⁸ También se recuerda un discurso de Tucídides, el hijo de Melesias⁹, pronunciado entre bromas sobre la habilidad de Pericles. [4] Fue Tucídides un hombre honrado y noble y se opuso durante muchísimo tiempo a Pericles. Arquídamo, rey de los lacedemonios, preguntado sobre si él o Pericles era el mejor luchador, dijo: «cuando lo derribo en el combate, él me contradice y replica que no ha caído. Así vence y persuade a los espectadores.» No sólo eso, sino que también era atinado Pericles en la oratoria, de modo que siempre, cuando subía a la tribuna, rogaba a los dioses que ni una sola palabra saliera involuntariamente de su boca que no se ajustara al asunto propuesto. [5] No dejó nada escrito, salvo sus decretos, y se recuerdan muy escasas palabras suyas, como cuando exhortó a segregar Egina de El Pireo cual una legaña; o cuando dijo que veía la guerra acercándose desde el Peloponeso. En otra ocasión, siendo estratego con Sófocles, mientras navegaban juntos, éste alabó a un hermoso muchacho. «Un estratego no sólo» replicó Pericles «debe tener las manos puras, sino también los ojos.» [6] Estesímbroto dice que durante un encomio a los muertos en Samos afirmó desde la tribuna que se habían vuelto

⁷ Atenas tenía cinco trirremes «sagradas», que eran las encargadas de llevar los mensajes de la Asamblea. Sus nombres era Paralo, Antigónide, Ptolemaida, Amoníada y Salaminia.

⁸ Rayos, truenos y relámpagos son expresiones de la cólera de Zeus, rey y señor del Olimpo.

⁹ No confundir con Tucídides, hijo de Oloro, el historiador.

inmortales como los dioses, porque a éstos no los vemos, pero por la dignidad que tienen y los bienes que nos proporcionan, conjeturamos que son inmortales; pues bien, esto mismo sucede con aquellos que mueren por la patria.

IX

[1] Tucídides señala que la política de Pericles era en cierto modo aristocrática, «ya que era de palabra una democracia, pero de hecho era el gobierno de un solo hombre.»¹⁰ Otros muchos dicen que por primera vez bajo su mando al pueblo se le suministraron lotes de tierra en las colonias, subsidios para asistencia a espectáculos y dietas para los cargos públicos, de tal modo que con aquellas medidas políticas se acostumbró mal y se volvió caprichoso e insaciable en lugar de juicioso y trabajador. Veamos a través de los mismos hechos la causa del cambio. En principio, [2] como quedó dicho, alineándose en contra de la fama de Cimón, se ganó al pueblo, pero dado que era inferior a éste en riqueza y recursos, medios con los que conquistaba a los pobres suministrando diariamente comida a aquel ateniense que lo necesitara, vistiendo a los ancianos, quitando las cercas de los campos para que pudieran recoger sus frutos quienes lo quisieran, Pericles, derrotado por tales mañas demagógicas, recurrió a la distribución de dinero público por consejo de Damónides, del demo de Oa, según tiene dicho Aristóteles. [3] Rápidamente, compró a la masa con subsidios para asistir a los espectáculos, dietas para ser jurados y otros pagos y subvenciones, y usó esos medios contra el Consejo del Areópago, del que no era miembro porque no le había correspondido en el sorteo: ni el cargo arconte epónimo, arconte tesmoteta, arconte rey ni arconte polemárcos.¹¹ Estos cargos eran adjudicados desde antiguo por sorteo y mediante éste los admitidos accedían al Areópago. [4] Con esto, adquirió más fuerza Pericles entre el pueblo y se sobrepuso al Areópago. Éste había sido privado ya por Efiltes de la mayoría de sus competencias. Cimón, por su parte, fue condenado al ostracismo con las acusaciones de laconismo¹² y de odiar al pueblo, un hombre que para nada carecía de riqueza y noble linaje, que había vencido en las más brillantes victorias a los bárbaros y que había llenado la ciudad de abundantes riquezas y botín, como he dejado escrito en su biografía. Tan grande era el poder de Pericles con el pueblo.

¹⁰ Aquí se trata del historiador. La cita está tomada de su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II 65.9.

¹¹ El Consejo del Areópago era el órgano de gobierno del régimen aristocrático ateniense. Se llamaba así por el lugar donde se reunía: la Colina de Ares. Los integraban nueve miembros. El principal era el arconte epónimo, que daba nombre al año en que ejercía el poder. El arconte rey era encargado de los ritos religiosos y el polemárcos era el jefe del ejército. Finalmente, había seis tesmotetas, que actuaban de apoyo a los mencionados.

¹² «Laconismo» era la acusación de ser amigo de los espartanos.

X

[1] El ostracismo tenía decretado por ley el exilio durante diez años. En el transcurso de ese tiempo, los lacedemonios invadieron la región de Tanagra¹³ con un gran ejército y los atenienses inmediatamente salieron contra ellos. Cimón, regresando de su exilio, situó sus armas junto con los hombres de su tribu en la línea de batalla con el deseo de borrar la acusación de laconismo mediante sus obras y arriesgándose al lado de sus conciudadanos; pero los amigos de Pericles se agruparon y lo expulsaron por ser un exiliado. [2] Debido a ese motivo, parece ser que Pericles luchó muy arrojadamente en aquella batalla y se convirtió en el combatiente más ilustre porque no evitó la muerte. Todos los amigos de Cimón cayeron hasta el último hombre, a quienes Pericles había acusado también de laconismo. Los atenienses sintieron un profundo arrepentimiento y añoraron a Cimón, al ser derrotados en los bordes del Ática y por la expectativa de una guerra sangrienta a la llegada de la primavera. [3] Pericles, entonces, se dio cuenta y no dudó en agrandar al pueblo. Él mismo escribió el decreto por el que llamaba al hombre y aquél, con su regreso, trajo la paz entre las dos ciudades, porque los lacedemonios le eran favorables, del mismo modo que odiaban a Pericles y al resto de los jefes de la facción popular. [4] Algunos dicen que Pericles no decretó el retorno de Cimón hasta que no se suscribió un acuerdo secreto entre ellos a través de Elpinice, la hermana de Cimón, de modo que Cimón debía zarpar al mando de doscientas naves y debía comandar las campañas en el extranjero para asolar la tierra del rey persa, con idea de que Pericles se hiciera con el poder en la ciudad. [5] Parece, también, que antes Elpinice había ablandado el ánimo de Pericles respecto a Cimón durante su defensa ante la pena capital. Uno de los acusadores propuestos por el pueblo era Pericles. Elpinice llegó ante él entre súplicas y él, sonriendo, le dijo: «Elpinice, eres una mujer anciana, una mujer anciana, como para hacer tamañas tareas.» Sin embargo, sólo se levantó para hablar una vez, hizo una propuesta para salir del paso y se retiró tras perjudicar mínimamente a Cimón entre los acusadores. [6] ¿Cómo, por tanto, podríamos creer a Idomeneo cuando acusa a Pericles de haber asesinado a Efiates, jefe de la facción popular, del que era amigo y compañero de partido político, a causa de los celos y la envidia que sentía por su fama? Ignoro de dónde sacó tales acusaciones y las arrojó contra ese hombre como si fuera hiel, alguien que no era completamente irreprochable tal vez, pero que tenía una naturaleza noble y un alma generosa, en las que no reside ninguna emoción tan cruel o salvaje. [7] A Efiates, que fue temido por el partido oligárquico y que era inexorable respecto a las responsabilidades y las denuncias de quienes cometían injusticias con el pueblo, lo mataron a escondidas sus enemigos en una conspiración a manos de Aristódico de Tanagra, como tiene dicho Aristóteles. En cuanto a Cimón, murió en Chipre mientras ejercía el mando de general.

¹³ Año 457 a.C.

XI

[1] Los aristócratas veían desde hacía tiempo que Pericles se había convertido ya en el más poderoso de los ciudadanos. Quiriendo, no obstante, que un miembro de su partido fuera el que se le opusiera en la ciudad y que debilitara su poderío, para que no se convirtiera en una monarquía íntegra, le contrapusieron a Tucídides, del demo de Alopece, hombre prudente y pariente de Cimón, para que le enfrentara. Era éste inferior a Cimón en la guerra, [2] pero superior en la oratoria y en la política. Mirando por la ciudad y enzarzándose con Pericles en la tribuna, rápidamente consiguió reestablecer el equilibrio en el gobierno. No dejó que los hombres llamados buenos y nobles se mezclaran con el pueblo, como antes, porque rebajaban su dignidad ante la masa, y poniéndolos aparte y concentrando en un solo partido todo su poder, que había llegado a ser grande, creó una especie de equilibrio como un yugo. [3] Desde el principio hubo una doble hendidura, como en el hierro, que sugería la diferencia entre las facciones democrática y aristocrática. Las rencillas y ambiciones de aquellos hombres dividieron la ciudad profundamente y creó la denominación de los unos como «el pueblo» y de los otros como «los oligarcas». [4] Por eso, fundamentalmente, Pericles entonces le soltó las riendas al pueblo y gobernó pensando en su favor. Siempre maquinaba para que hubiera algún espectáculo, algún banquete o procesión por las calles, «divirtiendo con toscos placeres»¹⁴ a la ciudad. Anualmente, hacía zarpar sesenta trirremes en las que navegaban muchos ciudadanos con los gastos pagados durante ocho meses para que aprendieran y practicaran la disciplina náutica. [5] Además de esto, despachó al Quersoneso miles de colonos; quinientos, a Naxos; la mitad de esta cantidad, a Andros; miles a Tracia para que convivieran con los bisaltas; otros, a Italia, donde estuvo situada Síbaris¹⁵, a una colonia que llamaron Turios. Estas cosas las hacía para aliviar a la ciudad de una chusma holgazana y entrometida a causa del ocio, y para subsanar la pobreza del pueblo. También lo hacía para atemorizar y vigilar a los aliados a fin de que no se revolvieran.

XII

[1] Pero lo que aportó muchísima complacencia y ornato a Atenas, y el mayor asombro a los hombres, y lo único que a Grecia le da testimonio de que aquel llamado poderío suyo y la vieja prosperidad no eran mentira, es la construcción de monumentos. Este hecho fue objeto de crítica por parte de sus enemigos, mucho más que las medidas políticas de Pericles, y fue objeto de calumnias en las convocatorias de la asamblea. Gritaban que el pueblo ateniense había perdido su honor y adquirido mala fama por haber transferido el tesoro

¹⁴ En griego es un verso procedente de un autor desconocido.

¹⁵ Síbaris había sido destruida en el año 510 a.C. en el curso de una guerra con la vecina Crotona.

común de los griegos desde Delos hacia su propio tesoro¹⁶. [2] La más ajustada excusa de Pericles frente a los que lo acusaban fue que por temor a los bárbaros se llevó de allí el tesoro común para guardarlo en un lugar fuertemente protegido. Ese pretexto adujo. Parece ser que Grecia fue insultada con este terrible insulto y que sufrió una tiranía de forma evidente, al ver que con sus contribuciones forzosas para la guerra nosotros enriquecíamos la ciudad y la embellecíamos, como una mujer presumida que luce piedras preciosas, con estatuas y templos que costaban miles de talentos¹⁷. [3] Pericles enseñaba al pueblo que el tesoro no les servía a los aliados puesto que los atenienses combatían por ellos y mantenían alejados a los bárbaros sin que ellos pagasen como tributo ni un caballo, una nave o un hoplita, sino sólo dinero, recursos que no son de quienes los dan, sino de quienes los reciben, si los suministran como pago por lo que reciben. [4] Una vez equipada suficientemente la ciudad de lo necesario para la guerra, se debía atender para su prosperidad a aquello que generase fama imperecedera, y cuando se haya logrado, la prosperidad estará al alcance. Aparecieron toda clase de actividades y múltiples necesidades que despertaron todas las artes y movieron todas las manos, y convirtieron a casi toda la ciudad en asalariada, embellecida y alimentada al tiempo por sí misma. [5] A quienes tenían la juventud y la fuerza, las campañas militares les proporcionaban prosperidad con fondos públicos. Deseando que la masa indisciplinada y obrera no careciera de su parte en los subsidios ni que los ganara sin trabajar y ociosa, Pericles planeó grandes intervenciones en la construcción y proyectos en muchos campos que procuraban una ocupación, y los presentó al pueblo a fin de que quien se quedaba en casa tuviera excusa para beneficiarse y participar del dinero público, y en ningún caso de forma menos provechosa que quienes estaban en la mar, de guarnición o en el ejército. [6] Cuando los materiales eran la piedra, el bronce, el marfil, el ébano, el ciprés, las artes que las trabajaban y elaboraban estaban en manos de carpinteros, escultores, bronceístas, pedreros, tintoreros, artesanos del oro y del marfil, pintores, bordadores, tallistas. Por otra parte, había suministradores, transportistas, comerciantes, y marineros y pilotos en la mar. [7] En tierra, había constructores de carros, boyeros, cocheros, cordeleros, lineros, curtidores, peones camineros, metalúrgicos. Cada arte tenía organizada, como un general su propio ejército, una masa particular de menestrales, que se había

¹⁶ En el año 454 a.C. por orden de Pericles, se trasladó a Atenas el tesoro de la Liga de Delos, constituida por muchas de las ciudades griegas tras las Guerras Médicas como alianza defensiva contra los persas. La excusa era que estaría más seguro en la Acrópolis que en la isla de Delos. Este dinero sirvió a Pericles para financiar su programa de grandes construcciones monumentales.

¹⁷ El talento ateniense del siglo V a.C. equivalía a unos 26 kg. de plata. Al precio que está la plata al día 19 septiembre de 2019, hoy en día serían unos 13.446,16 € (el kilogramo de plata está hoy a 517,16 €).

convertido en un instrumento y un cuerpo de servidores. Las ocupaciones, por así decir, distribuían y repartían prosperidad a gentes de toda edad y condición¹⁸.

XIII

[1] Las obras progresaban, soberbias en magnitud e inimitables en belleza y gracia. Los artesanos rivalizaban para que sus creaciones se superaran en maestría y su presteza era, sobre todo, admirable. Creían que cada una de sus obras apenas llegaría a su conclusión después de muchas generaciones y en el transcurso de muchas vidas, pero todas esas creaciones acabaron terminadas en el tiempo del apogeo de un solo régimen político. [2] Dicen que en una ocasión Zeuxis, tras oír a Agatarco, el pintor, ufanándose de la rapidez y facilidad con que ejecutaba sus figuras, le dijo: «Pues a mí me toma mucho tiempo». La maestría y la rapidez en la creación artística no otorga a la obra una entidad propia ni la concreción de su belleza. El tiempo prestado al esfuerzo para la creación corresponde al poder de conservación de lo creado. [3] Por ello también más asombran las obras de Pericles, por su larga permanencia, aunque fueran creadas en poco tiempo. Cada una de ellas era en aquel tiempo ya antigua por su belleza, pero por lozanía son hasta ahora recientes y nuevas. Así mantiene fresca siempre cierta novedad que conserva un aspecto incorruptible a través del tiempo, como si las obras tuviesen mezclados un espíritu siempre vigoroso y un alma que no envejece. [4] Fidias todo lo seleccionaba y todo lo supervisaba para Pericles, aunque las obras tenían grandes técnicos y artesanos. El Partenón, con sus cien pies de longitud¹⁹, lo proyectaron Calícrates e Ictino; el telesterio²⁰ de Eleusis comenzó a edificarlo Corebo. Colocó las columnas en el suelo y las unió con los arquivoltas, y a su muerte, Metágenes, del demo de Jipeto, situó el friso y las columnas superiores. [5] La linterna sobre el santuario la culminó Jenocles, del demo de Colargo. El muro largo²¹, sobre el que dice Sócrates mismo que oyó a Pericles exponer sus ideas, fue obra de Calícrates. El comediógrafo Cratino bromea sobre esto diciendo que avanzaba lentamente:

Desde antiguo lo hace progresar con sus palabras Pericles, pero, de hecho, ni siquiera lo mueve.

¹⁸ Debo pedir perdón por hacer un comentario en este lugar. Como el lector avezado habrá podido advertir, estamos ante lo que puede ser (quizás las pirámides egipcias fueran anteriores) el primer ejemplo de keynesianismo en la historia. Como decían los romanos, *nihil sub sole nouum*, (Eclesiastés, 1:9). o dicho en la versión griega de los Setenta que sirvió de fuente a la traducción latina: καὶ οὐκ ἔστι πᾶν πρόσφατον ὑπὸ τὸν ἥλιον.

¹⁹ El Partenón mide 70 metros de largo por 30 de ancho.

²⁰ El templo de Eleusis, lugar donde tenían lugar las ceremonias de iniciación de los ritos místicos eleusinos.

²¹ Muralla que protegía el camino desde Atenas a El Pireo, que medía 40 estadios, unos 7835 metros.

El Odeón, cuya disposición interna presenta muchos asientos y columnas, y cuyo techado muestra un círculo en pendiente hacia abajo desde un punto central, se dice que es una imitación del pabellón del rey persa, y lo supervisó también Pericles. [6] Por eso, Cratino en su obra *Las tracias* vuelve a burlarse de él:

Este Zeus de cabeza puntiaguda se acerca con el Odeón sobre su cráneo, ya que el ostracismo ha pasado de largo.

Dada su ansia de honores, Pericles decretó por primera vez un certamen musical para las Panateneas y él mismo, elegido promotor, dispuso cómo debían los concursantes tocar la flauta y la cítara, y cantar. Desde ese momento y en adelante, se celebraron en el Odeón los certámenes musicales. [7] Los Propíleos de la Acrópolis fueron terminados en cinco años con el arquitecto Mnesicles al mando. Un hecho afortunado y milagroso ocurrió durante la construcción que reveló que la diosa no se mostraba ajena a la obra, sino involucrada en ella y colaboradora en su culminación. [8] El más activo y comprometido de los artifices, perdió el pie y cayó desde las alturas para quedar en un pésimo estado y desahuciado por los médicos. En medio del desánimo de Pericles, la diosa se le apareció en sueños y le prescribió el tratamiento, mediante el que Pericles curó rápida y fácilmente al hombre. Por ello, precisamente, erigió la estatua de bronce de Atenea Higiea²² en la Acrópolis, junto al altar que estaba allí antes, según se cuenta. [9] Fidias construyó la estatua dorada de la diosa y está inscrito su nombre como creador en la base. Como hemos dicho, casi todo dependía de él y supervisaba a todos los artesanos gracias a su amistad con Pericles. Esto provocó en unos la envidia y en otros la calumnia de que Fidias admitía que mujeres libres tuvieran encuentros con Pericles en las obras. [10] Los comediógrafos se quedaron con esta historia y divulgaron muchas obscenidades sobre él, difamando a la esposa de Menipo, amigo y subordinado de Pericles en el generalato, y la afición a la cría de aves de Pirilampes, que era compañero de Pericles, con la acusación de que sobornaba con pavos reales a las mujeres a las que Pericles se acercaba. [11] ¿Por qué alguien se asombraría de que hombres de vidas cercanas a la de los Sátiros ofrecieran continuamente en sacrificio a la envidia, como a una divinidad malvada, sus blasfemias dirigidas contra personas mejores que ellos, cuando Estesímbroto de Tasos osó hacer público un terrible y ficticio acto impío contra Pericles relacionado con la mujer de su propio hijo? [12] De este modo, parece que la verdad es muy complicada y difícil de encontrar para la historia, cuando quienes vienen detrás tienen el tiempo como encubridor del conocimiento de los hechos; pero es que la historia de los hechos y las vidas

²² Atenea Salutífera.

contemporáneas, ya sea por las envidias y los odios, ya sea por la gratitud y la adulación, ultraja y distorsiona la verdad.

XIV

[1] Los oradores del bando de Tucídides arremetían contra Pericles diciendo que dilapidaba el dinero y liquidaba los ingresos. Éste preguntó en la Asamblea al pueblo si parecía que gastaba mucho y los ciudadanos replicaron que muchísimo. «Entonces,» dijo «que se gaste a mi cuenta, no a la vuestra. Y a mi nombre estarán también las inscripciones de las dedicatorias.» [2] Una vez hubo dicho esto Pericles, ya fuera por admiración hacia su liberalidad, ya fuera por rivalizar en la gloria por la realización de las obras, profirieron en gritos animando a gastar del tesoro público y a subvencionar sin reparar en ningún dispendio. Finalmente, llevado a un debate con Tucídides sobre el ostracismo y situado al borde del peligro, consiguió desterrarlo y disolver la facción que se le oponía.

XV

[1] Así pues, cuando se hubieron eliminado las rencillas y la ciudad quedó como igualada y totalmente unida, hizo que Atenas y los asuntos que dependían de los atenienses giraran en torno a sí mismo: los tributos, los ejércitos, las trirremes, las islas, el mar, el vasto poder alcanzado entre los griegos y el vasto poder también entre los bárbaros, y la hegemonía fortalecida con los pueblos sometidos, la amistad de los reyes y las alianzas con los gobernantes extranjeros. [2] Entonces, ya no fue el mismo, ni igualmente dócil al pueblo ni presto a ceder y dejarse llevar por los deseos de la masa, como si fueran soplos del viento, sino que desde aquel alegre y en ocasiones relajado liderazgo, como una delicada y blanda armonía, forzó la creación de un régimen político aristocrático y propio de un rey, usándolo de forma rígida e inflexible con los mejores objetivos. [3] En la mayoría de las ocasiones, dirigía a un pueblo entregado mediante la persuasión y la instrucción; pero hubo momentos en que lo sometía, cuando el pueblo se enfadaba en exceso, soltando las riendas y llevándolo hacia lo conveniente. Imitaba espontáneamente a un médico que, ante una enfermedad complicada y prolongada, en unos momentos aplicaba lenitivos inocuos y en otros, remedios y curas dolorosas, pero salutíferas. [4] Como parece natural, al ser tan diversas las pasiones que nacían en una masa que poseía un poder tan grande, Pericles fue el único dotado por la naturaleza para gestionar adecuadamente cada asunto, sobre todo manejando la esperanza y el temor, como si fuera el timón²³, conteniendo su impulsividad, y aliviando y consolando su desánimo. Demostró que la retórica, como dice Platón, era un modo de conducir las almas y que su

²³ Téngase en cuenta que el timón en la Antigüedad lo conformaban dos grandes palas situadas a popa del navío.

más importante tarea era la investigación sobre los caracteres y las pasiones, como entonaciones y notas del alma que precisan de un toque y un punteo afinados. [5] La causa fue no el poder en sí mismo, sino, como Tucídides dice, la fama y la confianza existente en el modo de vida de Pericles. Había llegado a tener, manifiestamente, reputación de insobornable y de ser más fuerte que el dinero. También, él hizo que la ciudad pasase de ser importante, a ser la más importante y la más rica, y se convirtió en un gobernante superior en poder a muchos reyes y tiranos, algunos de los cuales dispusieron que Pericles fuera el mentor de sus hijos. Y no incrementó su fortuna ni en una dracma respecto a la que le legó su padre.

XVI

[1] Aunque Tucídides da cuenta clara de su poder, los comediógrafos lo muestran de forma maliciosa. Llamaban «nuevos Pisistrátidas»²⁴ a los camaradas que lo rodeaban, lo exhortaban a que jurase que no incurriría en la tiranía, en la idea de que la preeminencia que tenía en la democracia era inconmensurable y bastante opresiva. [2] Teleclides dice que los atenienses le habían entregado:

los tributos de la ciudad y de las mismas ciudades. A las unas ataba y a las otras las desataba. De los muros de piedra, unos los construía, otros los derribaba luego a su vez, y los pactos, el poder, la fuerza, la paz, la riqueza y la prosperidad.

Y esto no fue un momento de apogeo y de gloria durante un régimen que durase el lapso de una estación del año, sino que a lo largo de cuarenta años mantuvo el liderazgo entre hombres como Efiálfes, Leócrates, Mirónides, Cimón, Tólmides y Tucídides. [3] Tras la eliminación y destierro de Tucídides, a lo largo de no menos de quince años ocupó el poder y el gobierno con el cargo anual de estratega, que era personal y que no se podía compartir. Se cuidó a sí mismo de caer víctima del soborno, aunque no desatendiera en absoluto las cuestiones crematísticas. El patrimonio paterno y legal, ni lo soslayaba como si no le preocupara, ni le ocasionaba demasiados problemas, ni pérdida de tiempo cuando estaba atareado. Organizó su economía del modo que consideró más fácil y adecuado. [4] Vendía sus productos agrícolas anuales todos de una vez y luego, comprando cada cosa que necesitaba en el ágora, se procuraba los recursos para su vida diaria. Por ello, no fue apreciado por sus hijos adultos ni fue un proveedor generoso con sus mujeres, sino que era objeto de reproches por sus gastos dispuestos día a día y reducidos a lo más justo. No se producían excesos, como ocurre en una casa grande y con medios abundantes, sino que cada gasto, cada adquisición se sometía a cuentas y controles. [5] Había uno de sus esclavos, Evángelo, que, ya sea porque estaba bien dotado como ningún otro o porque

²⁴ Descendientes del tirano Pisístrato.

había sido adiestrado por Pericles en economía, era quien mantenía en su totalidad semejante rigor. Esta actitud no concordaba con la de Anaxágoras, si es que es verdad que abandonó su casa y dejó su tierra sin labrar y pasto del ganado por su entrega y su mente privilegiada. [6] A mi juicio, no es lo mismo una vida contemplativa de filósofo que la de un político. El uno genera reflexiones sin necesidad de instrumentos y sin necesidad de materia exterior con vistas a gozar de bienes; al otro, que mezcla la virtud con las necesidades humanas, algunas veces le podría suceder que obtuviera su riqueza no sólo de las cosas necesarias, sino también de las buenas, como le ocurría a Pericles, que ayudaba a muchos de los pobres. [7] Dicen que Anaxágoras mismo, mientras Pericles se hallaba ocupado, perdido el interés y ya viejo, se tapó con su manto para dejarse morir. Al llegarle a Pericles la noticia, afectado, corrió al punto junto al hombre y le hizo toda clase de súplicas, lamentándose no por Anaxágoras, sino por él mismo, en el caso de que desapareciera semejante consejero del estado. Se dice que el filósofo, descubriéndose, le replicó: «Pericles, también los que necesitan una lámpara, vierten en ella aceite.»

XVII

[1] Cuando los lacedemonios comenzaron a estar irritados por el auge de los atenienses, Pericles excitó al pueblo para que fuera aún más soberbio y le entregase la gestión de los asuntos trascendentales, y promulgó un decreto donde apelaba a todos los griegos, cualquiera que fuese su lugar de asentamiento, en Europa o en Asia, ya fuera una ciudad grande o pequeña, para que enviasen a Atenas a representantes que deliberasen sobre los santuarios griegos que habían incendiado los bárbaros y sobre los sacrificios que se debían ofrecer por Grecia, en respuesta a las promesas que se hicieron a los dioses cuando se luchaba contra los bárbaros, y acerca del mar, para todos pudieran navegar libremente y vivir en paz. [2] Con este fin, fueron enviados veinte hombres mayores de cincuenta años, de los que cinco invitaron a los jonios y los dorios de Asia, y a los habitantes de las islas, incluidas Lesbos y Rodas; otros cinco acudieron al Helesponto y a Tracia, hasta la región de Bizancio, y otros cinco de aquéllos fueron despachados a Beocia, Fócide y el Peloponeso y desde ahí, a través del país de los locrios, al territorio vecino, incluidas Acarnania y Ambracia. [3] Los restantes marcharon a través de Eubea hacia los eteos, el golfo Malieo, los aqueos de Ftiótide y los tesalios para convencerlos de que fueran y participaran en los consejos sobre la paz y el bienestar de Grecia. Pero nada se consiguió, ni acudieron las ciudades, porque los lacedemonios se opusieron secretamente, según se cuenta, cuando se sometió a prueba por primera vez el intento en el Peloponeso. He adjuntado este hecho para mostrar su forma de pensar y la grandeza de sus intenciones.

XVIII

[1] En los asuntos militares, era famoso Pericles por su cautela. Ni se aferraba animoso a la batalla que presentara demasiada incertidumbre y riesgos, ni emulaba e imitaba, por compararse, a los que disponían de una suerte notable y eran admirados por su grandeza. Siempre decía a los ciudadanos que seguirían estando ajenos a la muerte durante todo el tiempo que de él dependiera. [2] Cuando vio que Tólmides, el hijo de Tolmeo, invadía Beocia en un momento inoportuno, llevado por sus anteriores éxitos y porque era objeto de una extremada buena consideración en los asuntos relacionados con la guerra, y cuando vio que había convencido a los más valientes y más ambiciosos de los ciudadanos que estaban en edad militar de que interviniesen en la campaña voluntariamente (su número llegó a alcanzar el millar sin contar el resto de las fuerzas), Pericles intentó retenerlo y le pidió en la Asamblea, aduciendo el dicho, que si no se dejaba persuadir por Pericles, al menos no erraría si esperaba al más sabio consejero, el tiempo. [3] Al decir esto, se probó su moderación. A los pocos días, cuando se anunció que el mismo Tólmides había muerto tras ser derrotado en la batalla de Coronea y que había muerto mucha de la flor y nata de la ciudadanía, Pericles se ganó una gran fama y simpatía porque se le consideró un hombre prudente y amigo de los ciudadanos.

XIX

[1] De sus campañas como general, fue apreciado, especialmente, por la del Quersoneso, dado que acabó por salvar a los griegos allí asentados. No sólo envió mil atenienses como colonos y reforzó con un gran número de buenos hombres esas ciudades, sino que también, cercando el istmo con fortalezas y defensas de mar a mar, impidió con esa muralla las incursiones de los tracios que se agolpaban por la región del Quersoneso. [2] Terminó, también, con una guerra costosa e interminable en la que se había visto envuelta durante mucho tiempo la región, que estaba en contacto con vecinos bárbaros y rodeada de fronteras con poblaciones dedicadas a la piratería. Asimismo, fue admirado y renombrado por el extranjero, al haber circunnavegado el Peloponeso tras zarpar desde Pegas de Megáride con cien trirremes. [3] No sólo saqueó la mayor parte de la costa, como había hecho anteriormente Tólmides, sino que también, internándose en tierra lejos del mar con los hoplitas que iban en los barcos, obligó a encerrarse dentro de las murallas a las demás poblaciones por el temor que tenían a sus incursiones. En Nemea, infligió una completa derrota a los sicionios, que habían preparado una emboscada y le habían presentado batalla, y erigió un trofeo. [4] Desde Acaya, que era aliada, tras haber reclutado soldados para las trirremes, se trasladó a la costa de enfrente con la flota y navegando hasta el Aqueloo, saqueó Acarnania y encerró a los eniadas dentro de sus murallas. Después de devastar y asolar el país, regresó a casa, habiéndose convertido en temible para los enemigos y en enérgico y firme para los ciudadanos de Atenas, porque ninguna

adversidad les sobrevino, ni siquiera por efecto del azar, a los que participaron de la expedición.

XX

[1] Navegó hacia el Ponto con una gran flota fuertemente armada. Llevó a cabo para las ciudades griegas aquello que le pidieron y se comportó generosamente. A los pueblos bárbaros que las rodeaban, a sus reyes y gobernantes les mostró la magnitud de su poder y la libertad y seguridad que tenían para navegar por donde quisieran y para poner todo el mar bajo su dominio. Por otra parte, dejó trece naves con los habitantes de Sinope bajo el mando de Lámaco y algunos soldados contra el tirano Timesileo. [2] Una vez expulsado éste y sus partidarios, mediante decreto decidió que navegasen hacia Sinope seiscientos voluntarios atenienses y que fueran a asentarse con los sinopenses, y se les repartieron las casas y tierras que habían sido propiedad anteriormente de los tiranos. Sin embargo, no cedió a los impulsos de los ciudadanos ni estuvo de acuerdo con ellos, exaltados por tamaños poderío y fortuna, en apoderarse a su vez de Egipto ni importunar los territorios costeros del imperio del rey persa. [3] Muchos, también, eran presa de aquel amor fatídico y desgraciado por Sicilia, que posteriormente habrían de incendiar los oradores que rodeaban a Alcibíades. Asimismo, algunos soñaban con Etruria y Cartago, no sin razón, a causa de la magnitud del poderío conseguido y de la prosperidad de sus intereses.

XXI

[1] No obstante, Pericles detuvo esa expedición y refrenó las energías. Dirigía la mayor parte de las fuerzas hacia la conservación y la reafirmación de lo existente. Consideraba que era una importante labor el apartar a los lacedemonios y se oponía sin ostentación a ellos, como demostró en muchas otras ocasiones y, especialmente, en los hechos realizados durante la Guerra Sagrada. [2] Después de que los lacedemonios hubieron atacado Delfos, cuando los focenses la ocupaban, y la hubieron restituido a los de Delfos, inmediatamente Pericles, una vez los lacedemonios se hubieron retirado, intervino con un ataque y volvió a entregar Delfos a los focenses. Como los lacedemonios habían grabado en la frente del lobo de bronce la proclama de su derecho preferente a la consulta del oráculo que les habían concedido los habitantes de Delfos, Pericles, tras aceptar ese derecho para los atenienses, mandó inscribirlo en el lado derecho de ese mismo lobo.

XXII

[1] Que refrenaba acertadamente las fuerzas de los atenienses respecto a Grecia se lo demostraron los acontecimientos. En primer lugar, los eubeos hicieron defección, a cuya isla y contra ellos pasó con un ejército. Muy poco

después, le fue anunciado que los megarenses estaban en pie de guerra y que tropas enemigas se hallaban en las fronteras del Ática al mando de Plistoanacte, rey de los lacedemonios. [2] Así pues, Pericles a toda velocidad volvió de Eubea para ir a la guerra en el Ática. No se atrevió a entablar batalla con hoplitas que habían sido convocados en gran número y que eran valientes, sino que intentó sobornar a éste subrepticamente al percibir que Plistoanacte era muy joven y que llevaba a Cleándridas como principal consejero, a quien los éforos habían ordenado acompañarle en calidad de tutor y asistente a causa de su edad. No tardó nada en corromperlo con dinero y lo persuadió para que sacara a los peloponesios del Ática. [3] Cuando el ejército se hubo retirado y diseminado por sus ciudades, los lacedemonios se enfadaron y castigaron al rey con una multa, cuya suma le fue imposible pagar y, por ello, se exilió de Lacedemonia. Por su parte, Cleándridas huyó tras ser condenado a muerte. Éste era padre de Gilipo, el que aniquiló a los atenienses en Sicilia. Parece ser que la naturaleza le había condenado, como enfermedad hereditaria, con el ansia de riquezas, presa de la cual fue desterrado de Esparta después de haber realizado valerosas acciones. Estos hechos los hemos dejado expuestos en la biografía de Lisandro.

XXIII

[1] Cuando Pericles, durante la rendición de cuentas por la campaña, informó de un gasto de diez talentos²⁵ invertidos en «lo necesario», el pueblo lo aprobó sin curiosear ni indagar lo que no se mencionaba. Algunos autores, entre los que se halla Teofrasto el filósofo, dejan constancia en sus escritos de que cada año se encaminaban a Esparta diez talentos por orden de Pericles, con los que «cuidaba» a todos sus gobernantes con idea de que renunciasen a la guerra. No compraba la paz, sino tiempo, durante el que poder prepararse con tranquilidad para luego hacer la guerra en mejores condiciones. [2] A continuación, se dirigió contra los que habían hecho defección y, tras cruzar a Eubea con cincuenta naves y cinco mil hoplitas, sometió sus ciudades. Mandó al exilio a aquéllos que llamaban «Criadores de caballos» entre los calcídicos, que eran quienes se distinguían por sus riquezas y reputación. Por otra parte, expulsó de sus tierras a los hestieos y las colonizó con atenienses. Sólo con éstos se comportó de forma inexorable porque, después de haber tomado como prisionera una nave ática, habían matado a sus tripulantes.

XXIV

[1] Después de que, a raíz de estos acontecimientos, se hubiera firmado un tratado entre los atenienses y los lacedemonios con una vigencia de treinta años, se decretó una expedición naval a Samos, organizada contra ellos porque no habían obedecido la orden de concluir la guerra contra los milesios. Como parece

²⁵ Unos 140.000€, aproximadamente.

ser que se llevó a cabo la campaña contra Samos por agradar a Aspasia, esta sería una inmejorable oportunidad para indagar sobre la mujer, sobre qué grandes artes o poderes tenía para someter a los principales políticos y proporcionar materia de no torpes ni escasos discursos sobre ella a los filósofos. Es conocido que era de origen milesio [2] e hija de Axíoco. Se cuenta que se enfrentó a los más poderosos entre los hombres por imitar a Targelia, una mujer jonia de tiempos remotos. Esta Targelia había llegado a ser una mujer de hermosa figura, agraciada y dotada de habilidades. Tuvo relaciones con muchísimos varones griegos y a todos los que se le acercaban se los ganó para la causa del rey persa. Sembró el origen de la simpatía hacia los persas entre las ciudades a través de ellos, hombres muy poderosos e influyentes. [3] Unos dicen que Aspasia fue instruida por Pericles para que se convirtiera en una mujer sabia y entendida en política. Incluso Sócrates en ocasiones caminaba acompañado de mujeres, y los hombres más próximos a ella le llevaban sus esposas para que la oyeran, aunque gestionaba un negocio no honesto ni respetable, sino que mantenía a jóvenes cortesanas. [4] Esquines dice que Lisicles, el tratante de ovejas, de origen plebeyo y humilde, se convirtió en el primero de los atenienses gracias a su cercanía a Aspasia tras la muerte de Pericles, y en el *Menéxeno* de Platón, si bien su primera parte tiene un tono jocoso, consta en tanto que parte de su narración que la mujer tenía fama de que su oratoria atraía a muchos atenienses. [5] Con todo, parece más cierto que el afecto de Pericles llegó a ser, de alguna manera, pasional. Tenía él una esposa de similar linaje que había sido anteriormente mujer de Hipónico, con quien tuvo a Calias, llamado «El Rico». Con Pericles tuvo a Jantipo y Páralo. Posteriormente, dado que la convivencia entre los esposos no era agradable, Pericles entregó su mujer a otro hombre con la anuencia de ella y él tomó a Aspasia, a la que amó extraordinariamente. [6] Según se cuenta, a diario, al ir y al venir del ágora, la saludaba con un beso. En las comedias se la llamaba la nueva Ónfale, la nueva Deyanira y también Hera. Cratino la llamó abiertamente prostituta en esto versos:

La viciosa Lujuria le engendró a su Hera, Aspasia, la prostituta desvergonzada.

Parece ser que de ella nació un bastardo, sobre el que Éupolis en su *Los demos*, le hizo preguntar así:

¿Me vive el bastardo?

Y Mirónides le responde:

Hubiera sido desde siempre un hombre, si no hubiera temido el mal de la puta.

[7] Tan famosa y renombrada dicen que llegó a ser Aspasia, que ²⁶Ciro, el que combatiría contra el rey por el imperio de los persas, llamó Aspasia a la más amada de sus concubinas, que se había llamado anteriormente Miltó, focense de origen e hija de Ermotimo. Después de que ²⁶Ciro cayera en la batalla, fue llevada al rey y ganó muchísima influencia. Estos hechos, dado que me vinieron a la memoria conforme iba escribiendo, quizá hubiera sido poco humano obviarlos y pasarlos por alto.

XXV

[1] Se acusa sobre todo a Pericles de haber declarado la guerra a los samios por petición de Aspasia y en beneficio de los milesios. Esos estados peleaban por Priene y, cuando los samios iban venciendo, los atenienses les exhortaron a que se detuvieran y que ambas partes se sometieran a un arbitraje, pero aquéllos no hicieron caso. Entonces, Pericles, tras arribar con una flota, derrocó la oligarquía que gobernaba en aquellos momentos Samos, tomó cincuenta miembros de la aristocracia y la misma cantidad de niños como rehenes, y los mandó a Lemnos. [2] Se cuenta, entonces, que cada uno de los rehenes le dio un talento por su liberación, y los que no querían una democracia en su estado le ofrecieron otros muchos más. Incluso, Pisutnes el persa, que mostraba una cierta simpatía por los samios, le envió diez mil monedas de oro, intercediendo por la ciudad. Ninguno de esos ofrecimientos aceptó Pericles, sino que comportándose como solía con los samios, instauró una democracia y zarpó de vuelta a Atenas. [3] Pero éstos inmediatamente hicieron defección, después de que Pisutnes hubiera sustraído para ellos a los rehenes y hubiera hecho los demás preparativos para la guerra. De nuevo, pues, navegó Pericles contra ellos sin prisa, pero sin pausa, muy decidido y dispuesto a dominar el mar. Tras una sangrienta batalla en torno a la isla que llaman Tragia, Pericles venció completamente. Superó con cuarenta y cuatro trirremes a setenta, de las que veinte eran transportes de soldados.

XXVI

[1] Además de su victoria y de la persecución, se apoderó del puerto y puso sitio a los samios. Éstos, de una u otra manera, se atrevían a hacer salidas y combatir ante las murallas, pero, tras la llegada desde Atenas de otra flota mayor, quedaron completamente cercados. Pericles, al mando de sesenta trirremes, navegó mar adentro, como dice la mayoría de los autores, para enfrentarse a unas naves fenicias que venían a traer auxilio a los samios y con la intención de combatir lo más lejos posible, pero Estesímbroto dice que se encaminaba a Chipre, algo que no parece creíble. [2] Cualquiera de los dos que fuera el cálculo que hizo, parece que se equivocó, ya que, tras emprender la navegación, Meliso, el hijo de Itágenes, varón aficionado a la filosofía que por aquel entonces era

²⁶ El pretendiente al trono persa que motiva la *Anábasis* de Jenofonte.

general de Samos, fuera por despreciar el pequeño número de las naves, fuera por la inexperiencia de los generales, convenció a los ciudadanos para que atacaran a los atenienses y, entablada la batalla, vencieron los samios. Capturaron a muchos hombres y destruyeron muchas naves, y pudieron suministrar por mar lo necesario para la guerra, recursos que anteriormente no tenían. [3] Aristóteles dice que Pericles fue también vencido en una batalla naval anterior. Los samios vejaron a los prisioneros atenienses marcándoles en la frente unas lechuzas, porque los atenienses habían hecho con ellos lo mismo marcándoles una samena. La samena es una nave cuya proa tiene la forma de un hocico de cerdo, bastante panzuda y con forma de vientre, de modo que pueda navegar mar adentro a buena velocidad. [4] Recibieron ese nombre por haber aparecido en primer lugar en Samos, mandadas construir por el tirano Polícrates. De manera enigmática se dice que Aristófanes se refiere a estas marcas:

El pueblo de Samos, ¡qué letrado es!

XXVII

[1] Cuando Pericles fue informado del desastre de la flota, marchó en su ayuda a toda velocidad y, aunque Meliso aprestó sus tropas frente a él, lo derrotó y puso en fuga a los enemigos. Cercó la ciudad con la intención de imponerse y apoderarse de la ciudad más mediante la consunción y el tiempo que mediante las heridas y el riesgo para los ciudadanos atenienses. [2] Como los atenienses llevaban mal el paso del tiempo y deseaban luchar, se le hacía trabajoso el contenerlos. Así pues, dividió toda la hueste en ocho partes y les propuso un sorteo. A la que sacase el haba blanca le permitió disfrutar de una jornada festiva y de descanso, mientras los demás combatían. Por ese motivo se cuenta que los agraciados con esas expansiones llamaban ese día «día blanco» por el haba blanca. [3] Éforo dice que Pericles empleó máquinas de guerra por su admiración ante lo novedoso de su uso. Estaba presente el ingeniero Artemón, al que, por ser cojo, llevaban en una litera a las obras más urgentes, por lo que fue llamado «El Portado». Ahora bien, esto lo refuta Heraclides del Ponto en los poemas de Anacreonte, en los que Artemón es llamado «El Portado» en tiempos muy anteriores a la guerra y a aquellos acontecimientos de Samos. [4] Se cuenta que Artemón era persona de vida muelle, cobarde ante el miedo y asustadizo. La mayor parte de las ocasiones permanecía sentado en casa mientras dos esclavos sostenían sobre su cabeza un escudo de bronce para que nada le cayese desde arriba. Si se veía obligado a salir, era portado sobre una litera que colgaba sobre el suelo, y por eso era llamado «El Portado».

XXVIII

[1] Cuando al noveno mes los samios se rindieron, Pericles derribó las murallas, se apoderó de las naves y los castigó con una gran indemnización, de

la que una parte pagaron los samios inmediatamente y por el resto acordaron entregar rehenes y abonarlo en un tiempo tasado. Duris de Samos sermonea por esto con sus acusaciones de una enorme crueldad hacia los atenienses y hacia Pericles, sobre la cual ni Tucídides ni Éforo ni Aristóteles [2] dejan nada recogido en sus historias. Tampoco parece que Duris diga nada verdadero cuando relata que Pericles condujo a los comandantes samios de las trirremes y a sus tripulaciones al mercado de esclavos de Mileto, los ató a maderos durante diez días y los mandó matar mientras estaban así maltrechos rompiéndoles la cabeza con palos y arrojando luego sus cuerpos sin rendirles honras fúnebres. [3] Duris, incluso allí donde nada le aprovechan sus propias pasiones, acostumbra a hacer prevalecer la narración sobre la verdad y más parece incrementar las desgracias de su patria con las calumnias hacia los atenienses. Pericles, tras derrotar a Samos, regresó a Atenas, organizó los honrosos enterramientos de los muertos en la guerra y pronunció, como es costumbre, un discurso junto a las tumbas que fue objeto de admiración. Al bajar de la tribuna, las mujeres lo recibían con parabienes y le tendían coronas y cintas como si fuera un atleta vencedor, pero Elpinice, tras aproximarse a su lado, le dijo: «Tus hechos, Pericles, son admirables y dignos de las coronas. Tú nos has ofrecido las muertes de muchos y buenos ciudadanos luchando no contra fenicios o medos, como mi hermano Cimón, sino aniquilando a una ciudad aliada y emparentada con nosotros.» [5] Ante estas palabras de Elpinice, Pericles sonrió sin inmutarse y se cuenta que le repitió el verso de Arquíloco:

Eres una vieja, no te cubras de perfumes.

Lón dice que Pericles, tras haber vencido a los samios, estaba lleno de soberbia y orgullo porque Agamenón había tomado una ciudad bárbara después de diez años, mientras que él en nueve meses había sometido a los primeros y más poderosos de los jonios. [6] Ese prestigio no era injusto, sino que, realmente, la guerra presentó muchas incertidumbres y riesgos, ya que, como dice Tucídides, por poco no sucedió que la ciudad de los samios le arrebatara la hegemonía en el mar a los atenienses.

XXIX

[1] Después de estos acontecimientos, cuando ya amenazaba la Guerra del Peloponeso y los corcirenses entraban en guerra con los corintios, convenció al pueblo para que les enviase ayuda y se anexionasen una isla tan pujante, en tanto en cuanto los peloponesios no declarasen la guerra a los atenienses. [2] Una vez decretado el envío de auxilio por parte del pueblo, despachó como un insulto a Lacedemonio, el hijo de Cimón, con sólo diez naves, porque grandes eran la simpatía y la amistad de la familia de Cimón con los lacedemonios. Le entregó pocas naves y lo mandó contra su voluntad para que, si durante el mando de

Lacedemonio no se produjera ninguna acción importante y destacada, pudiera difamarle en mayor medida por laconismo. [3] Y continuaba denigrando sin descanso a los hijos de Cimón diciendo que ni siquiera en sus nombres eran legítimos, sino bastardos, porque uno se llamaba Lacedemonio, otro Tésalo y otro Eleo. Todos parece que eran hijos de su mujer Arcadice. Con todo, cuando Pericles oyó que se le criticaba por aquellas diez naves, en el sentido de que era una escasa ayuda a quienes la habían pedido, proporcionó una gran excusa a sus críticos enviando otras naves en mayor número a Córcira, las cuales volvieron después de la batalla. [4] Los megarenses se unieron en Esparta a los corintios, que estaban enfadados y que vertían acusaciones contra los atenienses. Aquéllos les imputaban que los atenienses los expulsaban y excluían de todos los mercados y puertos que controlaban contraviniendo el derecho común y los juramentos pronunciados por los griegos. Los eginetas, por su parte, parecían ser objetos de vejaciones y de violencia, y se quejaban ante los lacedemonios de forma velada, ya que no osaban acusar explícitamente a los atenienses. Mientras tanto, la defección y el asedio de Potidea, ciudad sometida a los atenienses y colonia de los corintios, aceleró más la guerra. [5] A pesar de todo esto, con la presencia de unas embajadas enviadas a Atenas y gracias a que Arquídamo, el rey de los lacedemonios, disipaba la mayoría de las acusaciones y apaciguaba a los aliados, no parecía que la guerra se pudiera declarar contra los atenienses en razón de las diversas causas, si éstos se dejasen persuadir para derogar el decreto megárico y se reconciliaran con ellos. Con todo esto, fundamentalmente, Pericles fue el único responsable de la guerra porque se opuso a estas condiciones y porque instigó al pueblo para que persistiera en la rivalidad con los megarenses.

XXX

[1] Se cuenta que a raíz de una embajada que había llegado a Atenas procedente de Esparta para tratar sobre esos asuntos, Pericles alegó que existía una ley que impedía quitar la tablilla donde estaba inscrito el decreto. Polialces, uno de los embajadores, le replicó: «No la quites. Vuelve del revés la tablilla ya que no hay ley que lo impida.» Aunque le pareció ingeniosa la propuesta, Pericles no cedió ni un ápice. [2] Subyacía, al parecer, en él una cierta inquina personal hacia los megarenses. Tras hacer abierta y pública acusación contra ellos por haberse apropiado del «Tramo Sagrado»²⁷, promulgó un decreto por el que se envió un mismo emisario a los megarenses y a los lacedemonios con imputaciones hacia aquéllos. [3] Este decreto de Pericles exponía alegaciones razonables en tono amistoso. Pero, dado que, al parecer, Antemócrito, el emisario que había sido enviado, murió por culpa de los megarenses, Carino promulgó un decreto contra éstos diciendo que habría una enemistad implacable y sin cuartel, y que cualquier megarense que pisara el Ática sería castigado con la muerte, y

²⁷ Trayecto sagrado entre Atenas y Mégara que estaba dedicado a las diosas Perséfone y Deméter.

que los estrategos, en el instante de hacer su tradicional juramento, jurarían también que cada año invadirían dos veces la tierra de Mégara. En cuanto a Antemócrito, fue enterrado junto a las puertas Triasias, que ahora se llama El Dípilo.²⁸ [4] Los megarenses negaron el asesinato de Antemócrito y se la achacaron a Pericles y Aspasia empleando estos famosos y sabidos versos de *Los Acarnienses*:

Unos jóvenes borrachos, yendo a Mégara, secuestraron a la ramera Simeta. Luego, los megarenses, enfurecidos por la ofensa, le robaron a su vez a Aspasia dos rameras.

XXXI

[1] En suma, no es fácil saber cómo fue el inicio de la guerra. Todos por igual achacan su origen a Pericles por no derogar el decreto, excepto los que dicen que lo mantuvo por su gran inteligencia y buen juicio con vistas a lo mejor, ya que consideraba que aquel mandato era una prueba de debilidad y la cesión, un reconocimiento de flaqueza. Otros decían que fue más por desprecio hacia los lacedemonios y por dar una muestra de fuerza debido a una cierta arrogancia y rivalidad. Pero la más nefasta de todas las causas de la guerra [2] y la que tiene una mayoría de testigos es la que se arguye del siguiente modo. Fidias, el escultor, fue, como quedó dicho, contratista de aquella estatua. Convertido en amigo de Pericles y habiendo adquirido un enorme poder junto a él, fue objeto de envidias y se ganó a enemigos para sí mismo. De otro lado, algunos pretendieron probar al pueblo a través de él y ver quién podría ser juez de Pericles. Convencieron a uno de los colaboradores de Fidias, llamado Menón, y lo sentaron en el ágora en calidad de suplicante que solicitaba permiso para dar parte de Fidias y acusarle. [3] El pueblo se lo concedió al hombre y abrió una causa en la Asamblea. No se probaron los cargos de robo, porque el oro, nada más empezarse la estatua, inmediatamente se le aplicó y se la recubrió con él por consejo de Pericles, de modo que pudieran probar su peso quienes quisieran extraerlo, cosa que en aquel entonces Pericles animó a hacer a los acusadores. [4] La fama de sus obras estrechó el cerco de la envidia sobre Fidias, sobre todo porque, al esculpir la batalla de las Amazonas en el escudo, dio la apariencia de sí mismo a un anciano calvo que tenía en alto una roca con sus dos manos y porque colocó una hermosísima imagen de Pericles luchando contra una amazona. La posición de la mano que extiende una lanza ante el rostro de Pericles fue realizada diestramente, como queriendo ocultar la semejanza, que es visible desde ambos lados. [5] En suma, Fidias fue conducido a la cárcel y acabó muriendo por una enfermedad, como dicen algunos, provocada por un veneno preparado por los enemigos de Pericles para difamarle. Al denunciante, Menón, según escribe

²⁸ Dípilo en griego significa «Doble puerta».

Glicón, el pueblo le concedió la exención de impuestos y encomendó a los estrategos la seguridad del hombre.

XXXII

[1] Por aquel tiempo, Aspasia fue llevada a juicio por impiedad. La encausó e imputó Hermipo, el comediógrafo, con el cargo de recibir en casa a mujeres libres para tener relaciones con Pericles. Diopites, también, promulgó un decreto para procesar a quienes no respetaban a los dioses o impartían enseñanzas sobre los cielos, basándose en las sospechas sobre Pericles, discípulo de Anaxágoras. [2] El pueblo aceptó y admitió las calumnias, de modo que se ratificó el decreto que había redactado Dracóntides para que las cuentas de sus bienes fueran depositadas por Pericles en la sede de los prítanos y para que los jueces dieran su veredicto ante la ciudad mediante votación desde el altar de la diosa; pero Hagnón eliminó esta parte del decreto y escribió que la causa fuera juzgada por mil quinientos jueces, ya se quisiera hacer por robo, ya por soborno o malversación. [3] Pericles disculpó a Aspasia vertiendo por ella muy abundantes lágrimas durante el juicio, como dice Esquines, y suplicándole a los jueces. Como albergaba temor por Anaxágoras, lo mandó sacar de la ciudad. Puesto que había chocado con el pueblo por causa de Fidias y temiendo al tribunal, incendió la inminente guerra y le prendió fuego secretamente, con la esperanza de distraer las acusaciones y rebajar las envidias en medio de graves circunstancias y peligros, de modo que la ciudad se le ofreciese a él solo en razón de su dignidad y poder. Éstas, se afirma, son las causas por las que no permitió al pueblo ceder ante los lacedemonios. La verdad, con todo, no está clara.

XXXIII

[1] Los lacedemonios sabían que, si Pericles caía, podrían vérselas de modo más llevadero con los atenienses, por eso les exhortaron a purgar el sacrilegio de Colono²⁹, del que era culpable su familia materna, como recoge Tucídides en su historia. Pero el intento resultó adverso a quienes lo habían ideado, porque en vez de suspicacias y calumnias, Pericles se ganó aún mayor confianza y respeto entre los ciudadanos, ya que creían que todo era, principalmente, efecto del odio y del temor de los enemigos. [2] Por esta razón también, antes de que Arquídamo al mando de los peloponesios invadiera el Ática, proclamó públicamente a los atenienses que cedería a la ciudad sus tierras y sus inmuebles si Arquídamo, mientras asolaba el resto del territorio, dejaba al margen sus posesiones bien por los lazos de hospitalidad que había entre ellos, bien por dar pábulo a las difamaciones de sus enemigos. [3] Así pues, los lacedemonios al frente de un gran

²⁹ Un antepasado de Pericles, el arconte Megacles, en el 632 a.C. violó la inmunidad que daba al suplicante Cilón el haberse sentado junto a la estatua de Atenea Políade en el Erecteo. Cilón se había acogido a sagrado tras ser condenado a muerte por protagonizar un golpe de estado que el pueblo no secundó y que se frustró por esa razón.

ejército junto con sus aliados invadieron el Ática bajo el mando del rey Arquídamo. Avanzaron hasta Acarnas, saqueando la región, donde acamparon. Creían que los atenienses no lo consentirían, sino que combatirían contra ellos llevados por la ira y el orgullo. [4] Pericles opinaba que era imprudente trabar combate por su ciudad contra los sesenta mil hoplitas peloponesios y beocios (esas eran las tropas que protagonizaron la primera invasión), y calmó a los que querían luchar y llevaban mal lo que estaba sucediendo. Les decía que los árboles cortados y arrancados crecen rápido, pero que no es fácil encontrar hombres una vez han muerto. [5] No convocaba al pueblo a la Asamblea por temor a que se revolvieran contra su criterio, sino que, como el piloto de un barco cuando el viento se precipita sobre él en mar abierto, desplegando todos sus recursos hace uso de su pericia, y obvia las lágrimas y los ruegos de la tripulación presa de los mareos y del miedo, así Pericles, tras cerrar las puertas de la ciudad y emplazar guardias por doquier para su seguridad, puso en práctica sus cálculos preocupándose poco por los que se quejaban y se enojaban, [6] aunque muchos de sus amigos le apremiaban con sus ruegos, y muchos de sus enemigos lo amenazaban y acusaban, y hacían bailes, canciones y burlas para avergonzarlo, mientras descalificaban su estrategia diciendo que era cobarde y que abandonaba las bienes a los enemigos. En ese momento, se sumó Cleón también, quien se encaminaba hacia el liderazgo aprovechando la cólera que sentían los ciudadanos ante él. [7] Esto lo pone de manifiesto Hermipo en sus versos:

Rey de los sátiros, ¿por qué no quieres aferrar la lanza, sino que pronuncias terribles discursos sobre la guerra y ocultas el espíritu de Teles? Rechinas los dientes mientras la daga y el puñal son afilados en la dura piedra pómez y eres mordido por el fiero Cleón.

XXXIV

[1] No obstante, Pericles bajo ningún concepto se movió de sus posiciones, sino que, resistiendo educadamente y en silencio la mala fama y el odio, envió una flota de cien naves al Peloponeso sin que él navegara con ella. Permaneció vigilando la casa y manteniendo la ciudad bajo control hasta que se hubieran retirado los peloponesios. Atendía al pueblo, aunque estuviera enojado por la guerra, distribuyendo dinero y ordenando la entrega de lotes en las colonias. Expulsó a todos los eginetas y repartió la isla entre aquellos atenienses a los que les hubiera tocado en el sorteo un lote de tierras. También resultó ser una especie de consuelo saber lo que estaban sufriendo los enemigos. [2] Porque aquellos que estaban costeano el Peloponeso saquearon muchas tierras, aldeas y pequeñas ciudades. Pericles, a su vez, invadió por tierra Mégara y la asoló por entero, con ello resultó evidente que, aunque hicieran mucho daño por tierra a los atenienses, también sufrían mucho desde el mar a causa de éstos. No hubieran prolongado tanto tiempo la guerra y hubieran renunciado pronto, como desde

un principio había previsto Pericles, si una divinidad no se hubiera opuesto a los cálculos humanos. [3] En ese momento sobrevino por primera vez una plaga destructora que diezmó la juventud floreciente y su fuerza. Bajo sus efectos, estragados en sus cuerpos, también se exarcebaron sus almas profundamente contra Pericles y, como si se volvieran locos en contra del médico o del padre por causa de la enfermedad, intentaron perjudicarlo persuadidos por sus enemigos de que la congregación de la masa campesina en el interior de la ciudad había originado la enfermedad. [4] Obligada la masa en la estación estival a vivir indiscriminadamente y por igual en pequeñas viviendas y en asfixiantes tiendas de campaña, y a llevar una existencia casera e inactiva en lugar de la anterior, al aire libre y puro, se creyó causante de la plaga al que había desparramado la chusma campesina dentro de los muros por la guerra sin sacar utilidad alguna de tanta gente, sino que la había encerrado como ganado y había llevado la ruina a unos y otros sin procurar ninguna solución ni alivio.

XXXV

[1] Con la intención de aliviar esas quejas y provocar alguna molestia a los enemigos, dotó ciento cincuenta naves. Embarcó en ellas muchos y buenos hoplitas y caballería, e iba a hacerse a la mar con idea de ofrecer buenas expectativas a los ciudadanos y un no menor miedo a los enemigos con tamaña fuerza. Pero, cuando ya estaban completas las tripulaciones de las naves y Pericles había embarcado en su propia trierreme, sucedió que el sol se eclipsó y sobrevino la oscuridad, y todos quedaron estupefactos ante lo que creían que era un grave signo. [2] Al ver Pericles que su piloto estaba muy temeroso y angustiado, levantó su clámide ante sus ojos y, tras ocultarse con él, le preguntó si creía que aquello era algo terrible o la señal de algo terrible. El piloto respondió que no. «¿En que, pues,» dijo «difiere ese hecho de este gesto, salvo en que el fenómeno causante del oscurecimiento es más grandioso que la clámide?» Este argumento se emplea en las escuelas de filosofía. [3] En suma, en su campaña naval parece que Pericles no llevó a cabo ninguna otra cosa digna de esos preparativos, excepto el sitio del sagrado Epidauro, que creó la esperanza de que iba a ser tomada, pero que fracasó a causa de la epidemia. Su aparición provocó la destrucción no sólo de los sitiadores, sino también de todos los que se habían mezclado con el ejército. Dado que los atenienses se enojaron con Pericles a causa de este contratiempo, intentó aplacarlos y reanimarlos. [4] No obstante, no dispuso su ira ni hizo cambiarles de criterio antes de que tomaran en sus manos los votos contra él y, una vez dueños de la situación, le destituyeran del cargo de estratega y lo castigaran con una multa, cuya cuantía los que menos afirman que fue de quince talentos, y los que más, de cincuenta. Quedó por escrito que el acusador en la causa fue Cleón, según dice Idomeneo; pero Teofrasto dice que fue Simias y Heraclides Póntico dejó dicho que fue Lacrátidas.

XXXVI

[1] Los sentimientos populares iban a cesar con rapidez, ya que el pueblo abandonó su cólera hacia él como se hace tras la picadura de un aguijón. No obstante, sus intereses particulares marchaban penosamente por la epidemia, que había despachado a no pocos de sus allegados, y por las discordias que los habían desgarrado desde hacía tiempo. Su hijo mayor, Jantipo, que era por naturaleza dilapidador y que convivía con una mujer joven y extravagante, hija de Tisandro, el hijo de Epílico, soportaba mal la minuciosidad de su padre que le suministraba fondos de forma cicatera y poco a poco. [2] Mandó Jantipo un mensaje a uno de los amigos de su padre y obtuvo dinero fingiendo que se lo pedía Pericles. Cuando el amigo después de un tiempo lo reclamó, Pericles inició un pleito contra él y Jantipo, el muchacho, mal dispuesto contra su padre, comenzó a vilipendiarlo, primero sacando a la luz su comportamiento en casa para causar irrisión y las conversaciones que tenía con los sofistas. [3] Decía que una vez, cuando un atleta había herido involuntariamente con su javalina a Epitimo de Farsalia y lo había matado, gastó un día completo con Protágoras en discutir si, conforme a la razón más correcta, los responsables de la desgracia habían sido la jabalina o el lanzador más que los árbitros. Junto a estas críticas, Estesímbroto dice que las calumnias sobre su esposa las había difundido Jantipo y que hasta su muerte la enemistad del joven con su padre persistió de forma incurable. Jantipo murió tras contraer la enfermedad durante la epidemia. [4] Pericles perdió también a su hermana entonces y a la mayoría de sus familiares y amigos, y a las personas más útiles para el estado. Con todo, no renunció ni traicionó su conciencia ni su grandeza de espíritu por las desgracias, y no fue visto ni llorando, ni celebrando exequias ni junto a tumba alguna de sus allegados, hasta que perdió a Páralo, el que le quedaba de sus hijos legítimos. [5] Abatido por su muerte, procuró mantener la compostura y conservar su grandeza de espíritu, pero en el momento de depositar la corona sobre el cadáver, se derrumbó de dolor ante esa visión, de modo que prorrumpió en llanto y vertió gran cantidad de lágrimas, reacción que nunca había mostrado durante toda su vida anterior.

XXXVII

[1] La ciudad probó a otros estrategos para la guerra y a otros políticos, pero como ninguno parecía poseer un peso equivalente ni una firmeza digna de tan grandes poderes, sintió añoranza por Pericles y lo llamó a la tribuna y al cargo de estratego. Aunque estaba desanimado y permanecía en su casa por su duelo, fue convencido a dar un paso adelante por Alcibiades y por otros amigos suyos. [2] El pueblo le pidió disculpas por su arrogancia. Pericles aceptó el estado de cosas y, tras haber sido elegido de nuevo estratego, pidió que se derogara la ley sobre los hijos ilegítimos, que él mismo había introducido anteriormente, para que no se extinguieran su casa, su nombre y su linaje por la falta de herederos.

[3] Las circunstancias de esa ley fueron las siguientes. Según se ha contado, muchos años atrás, cuando Pericles estaba en su apogeo dentro del estado y tenía hijos legítimos, promulgó una ley que consideraba atenienses sólo a los que descendían de padre y madre atenienses. Cuando, con ocasión del regalo de cuatrocientos medimnos³⁰ de trigo por parte del rey de Egipto para el pueblo, fue preciso distribuirlo entre los ciudadanos, surgieron muchos pleitos en razón de aquella ley por parte de los hijos ilegítimos que hasta ese momento habían permanecido ignorados y excluidos. Muchos también fueron objeto de acusaciones difamatorias. [4] Como consecuencia, no poco menos de cinco mil fueron condenados y vendidos como esclavos. Los que se incluyeron como ciudadanos y fueron juzgados atenienses ascendieron en su número a catorce mil cuarenta. [5] Aunque era un asunto grave que el mismo hombre que había redactado la ley vigente en contra de tantas personas la derogara a su vez, el presente infortunio en la casa de Pericles, quien había recibido una especie de castigo por aquella arrogancia e insolencia, movió a la piedad de los atenienses. Creyeron que sufría justa retibución y que necesitaba un trato humano, por lo que cedieron e inscribieron a su hijo ilegítimo en la fraternidad con su mismo nombre. Más adelante, el pueblo lo condenó a muerte junto con los demás estrategos después de la victoria de las Arginusas sobre los peloponesios³¹.

XXXVIII

[1] En aquel momento, la plaga se apoderó de Pericles con un ataque no muy agudo ni intenso, como fue el caso de otros. La dolencia consumía su cuerpo pausadamente, con lentitud, prolongándose a través de múltiples síntomas y minando la fuerza de su espíritu. [2] Teofrasto, en su tratado sobre Ética, preguntándose si los caracteres se acomodan a las vicisitudes del azar y si, movidos por los padecimientos de los cuerpos, pierden la virtud, dejó escrito que Pericles, durante su enfermedad, mostró a uno de sus amigos en una visita un amuleto colgado de su cuello por las mujeres con la idea de mostrar lo mal que estaba cuando soportaba esa tontería. [3] Cuando ya estaba cerca de morir, los más señalados de los ciudadanos y sus amigos supervivientes, mientras estaban sentados alrededor de él, hablaban sobre cuán grandes llegaron a ser su virtud y poderío, y enumeraban sus acciones y la multitud de sus triunfos. Nueve fueron los que erigió en favor de la ciudad por sus victorias durante el cargo de estratego. [4] Estas palabras se dirigían unos a otros en la suposición de que ya

³⁰ Unidad de medida para áridos. La medida del medimno variaba según las diferentes localidades. El medimno ateniense equivalía a 51,84 litros.

³¹ En el año 406 a.C., la flota ateniense obtuvo una victoria naval sobre los espartanos en las islas Arginusas, cerca de Lesbos. A pesar de la victoria, la Asamblea ateniense condenó a muerte a seis de los ocho estrategos que comandaron la flota porque no recogieron a los supervivientes de las veinticinco trirremes dañadas debido a una tormenta, a efectos de la cual muchos de aquéllos murieron ahogados.

no era consciente y de que había perdido su capacidad de percepción, pero resultó que prestaba atención a todo e intervino diciendo que se asombraba de que lo elogiasen por esas cosas y de que recordasen lo que comúnmente es producto del azar y que les había pasado también a muchos estrategos, y, sin embargo, no mencionaban lo que era más bello e importante: «Ningún ateniense vivo» dijo «se vistió el himatio negro por mi causa.»³²

XXXIX

[1] Por concluir, ese hombre no sólo fue admirable por su ecuanimidad y benevolencia, que conservó aun en medio de muchas dificultades y de grandes animadversiones, sino también por su temperamento. Se puede considerar la mayor de sus bondades fue el no haber hecho concesiones ni a la envidia ni a la cólera con su enorme poder, ni comportarse con ninguno de sus enemigos como si fuera irreconciliable. [2] Creo que aquel apodo infantil y arrogante fue apropiado e irreprochable por hacer esta sola cosa: se le llamaba «Olímpico» por tener un carácter tan solícito y una vida tan limpia y pura en medio del poder, del mismo modo que consideramos justo que el linaje divino, responsable por naturaleza de los bienes y carente de responsabilidad en los males, gobierne y reine sobre los seres, no como hacen los poetas, atribulándonos e incurriendo en una responsabilidad negativa con sus opiniones ignorantes y sus invenciones literarias. [3] Porque el lugar en el que dicen que habitan los dioses lo califican de lugar seguro e inamovible, sin tratos con vientos o nubes, sino brillando sin descanso en el blando cielo y en la más límpida luz durante todo el tiempo, como si conviniera más que nada un tal modo de vida a un ser bienaventurado e inmortal, y muestran a los dioses mismos llenos de tribulaciones, enemistades, ira y demás pasiones que incluso a los seres humanos sensatos les serían inconvenientes. Con todo, estas consideraciones parecen ser propias de otro tipo de tratados. [4] Los acontecimientos provocaron en los atenienses una rápida percepción y una evidente añoranza de Pericles. En efecto, los que durante su vida llevaban mal su poder porque los eclipsaba, inmediatamente después de su desaparición experimentaron el trato con otros oradores y demagogos y reconocieron que no había nacido personalidad más comedida con su grandeza ni más venerable en su afabilidad. [5] Aquella autoridad que se le reprochaba, llamándola primeramente «monárquica» y «tiránica», resultó entonces, de forma evidente, una fortaleza salvífica del estado, tamaña fue la destrucción y el colmo de males que sobrevinieron para los asuntos públicos, los cuales aquél había mantenido a raya debilitándolos y suavizándolos, y había impedido que llegaran a poseer una fuerza insuperable.

³² En referencia a que no condenó a muerte a ningún conciudadano suyo.